

gían por el Escalda á Fiesinga. En tratos con la Holanda para que le cediese la ciudad de Fiesinga, dispuso Napoleon que se emprendiesen allí los trabajos necesarios para hacer mas fáciles la entrada, la salida y el fondeadero, y poner las escuadras á cubierto del enemigo. En Duakerque y Calais distribuyó tambien fondos para alargar los muelles. En Cherburgo, el gran muelle destinado á formar un puerto, sobresalía ya del agua, y se colocó en él una batería denominada de Napoleon. Emplearonse nuevos fondos en la continuacion de aquella soberbia empresa, obra de Luis XVI, aun cuando recordaba una de las glorias de la antigua monarquía. Por último, Napoleon sometió á un nuevo examen todo el sistema de las plazas fuertes del imperio. Qui-o destinar á este objeto una suma que no bajaba de 12.000.000 anuales, y la distribuyó entre ellas en razon de su importancia, que apreció y clasificó del modo siguiente: Alejandria, Maguncia, Wesel, Estrasburgo, Kehl, etc.

Pero jamis se ocupaba en obras de consideracion, sin pensar en la capital, en Paris, su residencia, el centro de su gobierno, la ciudad de su predileccion, y que reasumia en sí misma la grandeza y el predominio moral de la Francia sobre todas las naciones. Se habia propuesto no concluir su reinado sin cubrir esta capital de monumentos artísticos y de utilidad pública, y sin hacerla tan salubre como magnífica. Gracias á él, treinta fuentes que solo corrian durante algunas horas, arrojaban ya agua de noche y de dia. Lo adelantado del canal del Ourcq aumentaba aquella abundancia, y hacia que corriese el agua sin interrupcion en las demas fuentes antiguas ó nuevas. En aquel momen-

to millares de obreros erigian los dos arcos de triunfo del Carrousel y de la Estrella, la columna de la plaza Vendome, la fachada del Cuerpo legislativo, el templo de la Magdalena, llamado entonces templo de la Gloria, y el Panteon. El puente de Austerlitz á la entrada del Sena, en Paris, estaba ya acabado: el de Jena, situado sobre el Sena y á su salida, se estaba construyendo, y la capital del imperio iba á quedar de este modo encerrada entre dos recuerdos inmortales. Napoleon encargó al Banco, que edificase un palacio para aquel gran establecimiento; habia acordado tambien la construccion del palacio de la Bolsa nueva, y se estaba buscando el sitio mas á propósito. La gran calle Imperial, cuya formacion se habia acordado en 1806, debia comenzarse muy pronto. Estas obras eran suficientes para monumentos artísticos; faltaba, pues, ocuparse en los de utilidad pública. Napoleon, en uno de sus consejos, decidió que se hiciesen galerías cubiertas en los principales mercados, para que los compradores y vendedores pudieran estar en ellas al abrigo de la intemperie: que en lugar de los cuarenta mataderos á donde se conducian los ganados destinados para el consumo de Paris, y que eran tan insalubres como peligrosos, se construyesen cuatro grandes edificios, en las cuatros extremidades principales de la poblacion: que se reedificase la cúpula de la alhondiga, y por último, que se hiciesen espaciosos almacenes, capaces de contener algunos millones de fanegas de grano, al lado del arsenal, cerca del amarradero del canal de San Martin, en el punto mismo á donde iban á parar las vias navegables. Habia tenido un cuidado asiduo y empleado sumas considerables en el abas-

tocimiento de París; pero creía que no era suficiente comprar granos por valor de 20.000,000 de francos, como había hecho en otra época, que era preciso además tener un sitio en que depositarlos, y á este pensamiento, se debían los graneros de abundancia que existen en el día junto a la plaza de la Bastilla.

Por razón de estas obras esparcidas desde el centro á la circunferencia del imperio, el presupuesto del ministerio de lo Interior, subió instantáneamente desde 30.000,000 hasta 56. El fondo de reserva colocado en el presupuesto como recurso, y algunas sumas complementarias, que se sabía muy bien de donde habían de tomarse, debían ser suficientes para aquellos gastos escedentes, decretados, no con miras interesadas de utilidad local, sino con las generales del bien público, y que no pasaban jamás de una prudente medida, á pesar de la vehemente pasión creadora del jefe del Estado. Sin embargo, Napoleón deseaba aliviar al Tesoro, ó mas bien proporcionarle los medios de proveer sin cesar á nuevas empresas, é imaginó para llegar á este resultado diversas combinaciones. Desde luego, la abolición de los 10 céntimos de guerra recientemente decretada, le pareció una ocasión de que debía aprovecharse. Bastaba retener en algunos departamentos una pequeña parte de aquel impuesto, 3 ó 4 céntimos, por ejemplo, para crear recursos considerables. Napoleón pensó, que ciertos trabajos, como el canal de Borgoña, el del Berry, y el camino de Burdeos á Lyon, aunque tenían un alto carácter de utilidad general, presentaban al mismo tiempo otro mas evidente de utilidad particular y local; que los departamentos harían con

gusto sacrificios para su pronta terminación, y que con su cooperación, y con mayor justicia distributiva, se encontrarían mas considerables medios de ejecución. Esta esperanza no era quimérica, porque muchos departamentos se los habían ya impuesto para contribuir á aquellos gigantesco trabajos de utilidad general y particular. Pero aquellos donativos tenían el inconveniente de ser accidentales, de estar sujetos á las vicisitudes de las deliberaciones de los consejos generales, y sobre semejante base no podían fundarse empresas duraderas. Así, pues, resolvió Napoleón presentar una ley en que se fijase equitativamente la participación de los departamentos en ciertos trabajos, y los céntimos que se juzgase oportuno imponer por un número determinado de años. Treinta y dos departamentos se encontraron en aquel caso. La mayor duración de los céntimos era de veinte y un años, la menor de tres, y la media de doce; el máximo de los céntimos impuestos 6, y término medio 2 $\frac{1}{2}$. Así los departamentos de la Costa de Oro y del Yonne y el partido de Bar, debían concurrir al canal de Borgoña; los del Allier y del Cher, al canal del Berry; los del Ródano, Loira, Puy de Dome, la Correze, la Dordoña y la Gironda á la carretera de Burdeos á Lyon. Sería demasiado prolijo citar todos los demás, y por lo mismo nos abstenemos de hacerlo. Por lo general, se fijó en proporción igual la cuota con que debía contribuir el Estado y el departamento. Esta imposición no era en su esencia, mas que un descargo de la contribución territorial, y el manantial de ventajas inmensas para las localidades sobre que gravitaba. Asegurado ya un subsidio anual por ley que imponía los cénti-

mos, era posible contraer empréstitos, puesto que habia medios para satisfacer los intereses. Dirigiéronse comunicaciones al pre or ordinario, y al Tesoro del ejército, que segun las intenciones de Napoleon, debia procurarse rentas sólidas, empleando bien sus capitales. Aquel Tesoro prestó inmediatamente al prefecto del Sena 8.000,000 para los trabajos de París. Muchos departamentos y ciudades recurrieron tambien á aquella benéfica dispensacion de las riquezas adquiridas por la victoria. Entresacando siempre de cada idea cuanto de útil comprendia, Napoleon imaginó el llevar mas lejos todavía el uso de aquella especie de recursos. Tres canales entre los que acabamos de enumerar, los del Escalda al Rhin, del Rhin al Ródano, y del Ródano al Sena, le parecian mas dignos de fijar su atencion, y de llegar á ser el objeto de toda su actividad. Al lado de estos tres canales y casi en sus inmediaciones, se encontraban otros tres, concluidos ó próximos á estarlo, y que podian pronto dar productos: eran los canales de San Quintín, de Orleans y del Mediodia. Napoleon resolvió terminarlos inmediatamente, venderlos en seguida á capitalistas bajo la forma de acciones que debian producir el 6 ó 7 por 100, y proporcionarse comprador para las que el público no tomase. Este comprador, como se concibe muy bien, era siempre el Tesoro del ejército.—Esas sumas, dijo al ministro de lo Interior, las invertireis en activar las obras de los tres canales cuya terminacion es tan importante para la prosperidad del imperio, y concluidos que sean los vendere á un comprador que tambien los tomará, y trasladando asi de una á otra obra un capital de 3 ó 400.000,000,

umentado con las prestaciones anuales del Estado y de los departamentos, variaremos en pocos años el aspecto del territorio.»

Su proyecto era despues de poner en movimiento todas aquellas empresas, hacer que se votasen en una corta legislatura, ademas de los presupuestos, las medidas legislativas de que tenia necesidad para la ejecucion de sus planes, y dedicar antes del invierno algunos dias á la Italia, á donde queria hacer estensivos los beneficios de su genio creador. Proponíase resolver á su regreso las cuestiones que habian quedado sin solucion, para que á la primavera pudieran dar principio los trabajos en todo el imperio. Mandó, pues, al ministro de lo Interior, que sometiese todas aquellas ideas á un exámen profundo, para realizarlas lo mas pronto posible. «Si no nos apresuramos, le decia, moriremos sin haber visto espedita la navegacion en estos tres canales. Sobrevendrán guerras, llegarán hombres ineptos, y estos canales quedarán sin concluir. Todo es posible en Francia en estos momentos en que hay mas necesidad de buscar colocacion al dinero, que del dinero mismo... Tengo destinados fondos para recompensar á los generales y oficiales del grande ejército, y aunque puedo darles estos fondos en acciones sobre los canales, ó en rentas del Estado, ó en dinero..... Me veria obligado á darles dinero, si no se estableciese pronto alguna cosa como esta. He hecho consistir la gloria de mi reinado en cambiar la faz del territorio de mi imperio. La ejecucion de estas grandes obras públicas, es tan necesaria para el interés de mis pueblos como para mi propia satisfaccion.»

Napoleon se esmeraba ademas en la estincion de la mendicidad y para desterrarla, queria establecer casas departamentales, en que se diese á los pobres trabajo y pan, y en las cuales se los encerrase á la fuerza cuando se los encontrase pidiendo limosna por las calles y plazas. Exigia que en un breve término se abriesen casas de aquella especie en todos los departamentos. «Doy, decia en la misma carta al ministro de lo Interior, grande importancia, á la destruccion de la mendicidad, y creo que envuelve una grande idea de gloria. No faltan fondos; pero me parece que todo marcha con lentitud, y entretanto trascurren los años... y no debemos abandonar este mundo sin dejar en él huellas que recomienden nuestra memoria á la posteridad. Voy á ausentarme por un mes: haced de modo que á mi regreso esteis preparado sobre todas estas cuestiones: tenedlas examinadas minuciosamente, para que yo pueda, por medio de un decreto general, dar el último golpe á la mendicidad. Es preciso que para antes del 13 de diciembre hayais tomado de las cuartas partes de reserva, y de los fondos de los comunes, los recursos necesarios, para el sostenimiento de sesenta ó cien casas para la estirpacion de la mendicidad, que tengais designados los puntos en donde se han de establecer, y meditado su reglamento general. No me pidais entonces tres ó cuatro meses para obtener datos. Teneis oidores jóvenes, prefectos entendidos, y buenos ingenieros de puentes y calzadas: ponedlos todos en accion, y no os durmais en el trabajo ordinario de las oficinas... Las noches de invierno son largas, llenad vuestras carteras, á fin de que podamos, en las veladas de estos tres meses, dis-

entir los medios de llegar á estos grandes resultados.»

En medio del estremado ardor que le impelia á acelerar y aun precipitar la realizacion del bien, se ocupó igualmente del Banco de Francia, al cual queria hacer uno de los principales instrumentos de la prosperidad pública. En 1806 habia exigido que aquel establecimiento variase su constitucion, y tomase la forma monárquica, en vez de la forma republicana que antes tenia, cuyo resultado se lograba, dándole un gobernador, y tres regentes nombrados por el ministro de Hacienda. Habia querido ademas que el capital del Banco fuese proporcionado al papel que le destinaba, y que en lugar de cuarenta y cinco mil acciones emitiese noventa mil, lo que debia hacer subir su capital desde 45 á 90 000,000. Estas acciones no se habian aun emitido, porque el Banco temia no poder emplear los fondos que producirian, sobre todo desde que Napoleon habia juzgado mas espedito el que el servicio del Tesoro se desempeñase por el mismo, y habia destinado á este objeto una suma de 84.000,000, de que se habia ya invertido mas de la mitad. El resultado de esta escelente medida era, sin embargo, el dejar sin colocacion capitales habituados á emplearse en las *obligaciones y bonos á la vista*. Napoleon estaba satisfecho de causar de este modo embarazos á ciertos capitalistas, porque era, decia, ponerlos en la necesidad de buscar en el comercio, en la industria, y en las grandes obras públicas, imposiciones que no les ofrecian ya los valores del Tesoro. El Banco, que ordinariamente se dedicaba tambien al descuento de aquellos valores, y que ya no podia pro-

curárselos, titubeaba en emitir sus cuarenta y cinco mil acciones nuevas. Napoleon le obligó a emitir las; prometiendo suministrarle bien pronto, y á todos los demas capitalistas, el empleo de su dinero con la multiplicacion de toda especie de empresas. Con su lenguaje figurado, decia al Banco de Francia: «Con la inclinacion que existe en nuestro pais á centralizarlo todo en París y hasta los pagos como el mismo gobierno, el Banco debe llegar á ser en él el mayor de los agentes comerciales; debe ser verdaderamente digno de su nombre de Banco de Francia, y ser para París, lo que el Tamisis que lleva todo á Londres es para Londres.» Exigió, pues, la emision de las cuarenta y cinco mil nuevas acciones, que se emplearon con ventaja, porque emitidas á 1,200 francos (1,000 francos representaban el capital de la accion, y 200 antiguos beneficios acumulados), se negociaban á 1,400 francos. Los tres efectos públicos eran en aquel tiempo la renta del 5 por 100, las acciones del Banco, y los pagarés ó libranzas sobre bienes nacionales, inventados para liquidar los atrasos. El 5 por 100 en la época de que se trata, (agosto de 1807) se vendia á 93 francos; las acciones del Banco á 1,425, y los pagarés á 92. El precio de estos últimos habia llegado á ser casi invariable.

Napoleon pidió al Banco que redujese el interés al 4 por 100, cuya medida acogió aquel establecimiento favorablemente, y se apresuró á adoptar. Mandó que el interés de las fianzas se redujera, en unas de 6 á 5, y en otras de 5 á 4. En fin, llevó su impaciencia por hacer bien, hasta querer fijar á 3 y $3\frac{1}{2}$ el interés que la caja de servicio abonaba á los capitales. No teniendo necesidad

de dinero, é ingresando con abundancia en aquella caja, sostenia que no debian guardarse mas fondos que los que podian sostenerse con aquel premio, devolviendo los restantes al comercio, y forzando así la baja del interés por todos los medios de que podía disponer el gobierno. Pero Mr. Mollien le detuvo, probándole que semejante resultado era prematuro, porque aun no se habia acabado de entregar el dinero prometido á la caja, y se necesitaban todavia los recursos que la alimentaban ordinariamente. El éxito de aquella medida hubiera sido infalible al año siguiente, si nuevas empresas en lo exterior, no hubieran venido á separar los capitales y los soldados de Francia, de su mejor, mas útil y mas seguro empleo.

El aspecto si no desolador, por lo menos triste, que habia tomado la guerra durante el invierno de 1807, unido á los rigores de la estacion, y á la ausencia de la corte imperial, habia suspendido por algunos momentos la actividad de los negocios, particularmente en París. Pero el restablecimiento de la paz continental, y la esperanza de la paz marítima, habian dado mucho vigor á los ánimos: la industria tomaba un rápido impulso, y las casas de comercio emprendian especulaciones que abrazaban toda la estension del continente. Aunque los géneros de la Gran Bretaña atravesaban todavia el litoral europeo por puntos desconocidos á Napoleon, hallaban, sin embargo, suma dificultad para penetrar en lo interior, y mucho mayor para la circulacion. Los hilos y telas de algodón, que merced á las leyes prohibitivas que regian entonces en Francia, se habian fabricado con ventaja, en gran cantidad y con alguna perfeccion, reem-

plazaban á los productos ingleses de la misma especie, pasaban el Rhin con los ejércitos, y se escapaban por Italia, España y Alemania. Las sederías, sin rival en todos tiempos, llenaban los mercados de la Europa, lo cual producía en Lyon una satisfacción general. Los paños, que tenían la ventaja de la primera materia, desde que faltaban á los ingleses las lanas españolas, y abundaban en Francia, escluían á los paños británicos de todos los mercados de Europa, porque los aventajaban, no solo en la calidad, sino en la belleza. No eran solo las manufacturas francesas las que ganaban con la esclusión de las inglesas. La Sajonia, la más industriosa de las provincias alemanas, enviaba ya carbon por el Elba á Hamburgo, paños fabricados con sus hermosas lanas, á mercados en donde jamás habían penetrado, y los metales del Erzgebirge, á donde quiera que faltaban los de América. El hierro de Francia y Alemania, se aprovechaba también de la esclusión del de los ingleses y suecos; y las obras en este género, se perfeccionaban visiblemente.

Napoleon se esforzaba en favorecer, por medio de la influencia de la moda, ligera y fantástica, que divide con la conciencia el privilegio de sustraerse al poder, pero que sin embargo obedece con gusto á la gloria, el uso de los géneros fabricados con materias de origen continental. Quería, por ejemplo, que se prefiriesen las telas de cáñamo y de lino á las de algodón. Deseaba que se prefiriese la seda al paño, lo cual era volver al lujo del antiguo régimen, y al tiempo en que los hombres, en vez de vestirse modestamente de paño negro, usaban telas tan ricas como las que las se-

ñoras suelen emplear en sus trages. Y no se crea que por mero capricho procuraba despertar aquella pasión al lujo, á la nobleza, á los títulos y á las dotaciones. En esto, como en todo, movíanle razones serias que le guiaban siempre, aun en las cosas más fútiles en la apariencia.

Escepto las industrias marítimas, cuya inacción procuraba indemnizar con inmensas obras navales, las demás encontraban una causa eficaz de desarrollo en aquella situación extraordinaria que Napoleon había proporcionado á la Francia. Pero, cosa singular, la mayor fuerza mecánica, la del vapor, que por su facultad expansiva, anima hoy toda la industria humana, que hace mover tantas máquinas y navegar á los buques, que es, con la paz, causa principal del bienestar de las clases ínfimas, y del lujo de las altas; la fuerza del vapor, que era la única que se escapaba de las miradas de Napoleon, se desarrollaba á su lado, y sin él. Aquellas máquinas, llamadas entonces máquinas de fuego, por su fenómeno más visible, toscamente construidas y que consumían una cantidad excesiva de combustible, no se empleaban más que en las minas de carbon de piedra, por el ínfimo precio de este en aquella especie de establecimientos. La sociedad de fomento de la industria propuso un premio para recompensar á los que las hiciesen más sencillas y económicas. Fulton, desatendido por Napoleon en 1803, porque para pasar el mar necesitaba medios ya reconocidos y no de ensayo, fué á dos mil leguas de las costas francesas, á hacer la prueba de un barco movido por lo que entonces se llamaba la máquina de fuego. Hizo la travesía desde Nueva

York á Albany, y de este punto á Nueva York, en cuatro dias, y apenas llamó la atención del mundo, cuyo aspecto debia cambiar treinta años despues. No es la vez primera que una grande invencion debida á genios secundarios pero especiales, ha pasado al lado de talentos superiores sin merecerles una mirada. La pólvora, que destruyendo en la guerra el imperio de la fuerza física, contribuyó tan poderosamente á producir una revolucion en las costumbres europeas, no solo fué odiosa al héroe Bayardo, sino que inspiró el mayor desprecio á Maquiavelo, aquel juez tan profundo de las cosas humanas, aquel autor, tan admirado por Napoleon, del tratado de la guerra, y la consideró como una invencion efimera y de ninguna consecuencia.

Persuadido de que una buena legislacion, capitales y conductos para dar salida á los géneros, son los mayores bienes que pueden proporcionarse al comercio, Napoleon mandó al archicanciller Cambaceres que hiciese preparar un código de comercio. Efectivamente, acababa de redactarse: el fondo se habia tomado de las naciones maritimas mas célebres, y la forma sencilla y analítica del espíritu francés, que mas que nunca brillaba bajo este aspecto en la redaccion de las leyes, porque concebidas bajo un plan uniforme y vasto, y escrupulosamente redactadas en el Consejo de Estado, jamás eran retocadas por el Cuerpo legislativo, que las aprobaba ó desechara sin enmiendas. Este código preparado ya para el regreso de Napoleon debia presentarse con las demas medidas de que acabamos de hablar al Cuerpo legislativo, en la corta legislatura que estaba próxima.

Ya era por fin tiempo de que Napoleon concediese á sus gloriosos soldados las recompensas que los prometiera y que tan bien habian merecido durante las dos últimas campañas. Pero en la forma misma de aquellas recompensas, fué donde hizo resplandecer mas su genio organizador y poderoso. Se hubiera en efecto guardado muy bien de arrojarles los despojos de los vencidos para que los devorasen en una orgia. Quería con lo que les diese, fundar grandes familias, que rodeasen el trono, que ayudasen á defenderle y contribuyesen al brillo de la sociedad francesa, sin perjudicar á la libertad, y sin que violasen de modo alguno los principios de igualdad, proclamados por la revolucion francesa. La esperiencia ha demostrado que la aristocracia no perjudica á la libertad de un pais, porque la aristocracia inglesa ha contribuido tanto como las demas clases de la nacion á la libertad de la Gran Bretaña. La razon dicta además que la aristocracia puede ser compatible con el principio de la igualdad, con dos condiciones: primera, que los individuos que la componen no gocen derechos particulares, y estén sujetos á la ley comun; y segunda, que las distinciones puramente honoríficas concedidas á una clase, sean accesibles á todos los ciudadanos de un mismo estado, que se hagan acreedores á ellas por sus servicios ó sus talentos. Esto era lo que habia de razonable en las miras de la revolucion francesa, y esto creía tambien Napoleon conservar invariablemente. Sin embargo, á juicio nuestro, en las sociedades modernas, en que la envidia se ha sublevado contra las instituciones aristocráticas, lo mejor que puede hacer un gobierno sensato, es dejar obrar las

leyes de la naturaleza humana, sin mezclarse en ellas de manera alguna. Ellas conducen al hombre libre hacia Dios, y despues del Ser Supremo, hácia otro culto, el de los antepasados. El gran guerrero, el magistrado íntegro, y el sábio ilustre, legarán de todos modos á sus descendientes una consideracion que los distinguirá de la multitud, y que cuando tengan mérito, les ahorrará la dificultad mas grave que encuentra aquel en este mundo, la de atraerse la primer mirada del público. Las leyes no necesitan intervenir para que así suceda; porque no son las leyes escritas, sino la naturaleza la que ha producido la aristocracia de todos los países, y sobre todo, la de las repúblicas. La naturaleza habia ya creado la aristocracia de Venecia, mucho antes que esta pensase en atribuirse por medio de las leyes derechos particulares. Es una cosa en que no hay que mezclarse aun cuando se dese. El tiempo forma por todas partes aristocracias; no resta, pues, mas que evitar la ridiculez de hacerlas por sí mismo, y tener cuidado de impedir que se arroguen privilegios exclusivos.

Si ha existido no obstante en el mundo un soberano, que pudiera librarse del ridículo ó de la odiosidad que escita algunas veces el establecimiento de instituciones aristocráticas, lo ha sido ciertamente el que se atrevia y podia restablecer la monarquía al día siguiente de la república, y la diferencia de rangos, (no la de derechos) al día inmediato al de una brutal igualdad; que en su vasta imaginacion concebía una sociedad grande como su genio y su alma, y que para crear familias poderosas, tenía nombres inmortales y teso-

ros: que podía llamarlas Rivoli, Castiglione, Montebello, Elchingen, Awerstaedt, y darlas hasta un millon de renta anual. Era, pues, excusable porque no quería violar los verdaderos principios de la revolucion francesa, y creía por el contrario robustecerlos de una manera brillante, haciendo á imitacion de su propia fortuna un duque, ó un príncipe, de un campesino ó un artesano. Otra consideracion habia ademas para desarmar la razon mas severa, y era la de proporcionarse medios inocentes é inofensivos para escitar y recomendar los servicios eminentes (1).

Napoleon aprovechó la gloria de Tilsit, y el prestigio que le rodeaba en aquellos momentos, para llevar á cabo el proyecto que hacia tiempo meditaba de establecer una nobleza. Ya cuando en 1806, dió coronas á sus hermanos y hermanas, á su hijo adoptivo, y principados á muchos de sus servidores, el de Ponte-Corvo al mariscal Bernadotte, el de Benevento á Mr. de Talleyrand, y el de Neufchatel al mayor general Berthier, habia anunciado que un estatuto posterior arreglaría las sucesiones de las familias en cuyo favor se creasen principados, ducados, y otras distinciones hereditarias. En su consecuencia, estableció por un senado-consulta, que los títulos que habia conferido, y las rentas que los acompañaban, serían transmisibles hereditariamente, por línea recta, de varon á varon; sistema de sucesion contrario al admitido

(1) Estas líneas fueron escritas en 1846, en tiempo de la monarquía. Las escribí porque las he creído verdaderas en todas las épocas, y no las altero aunque los tiempos hayan variado.

en el código civil. Estableció además, que los dignatarios del imperio, en todos los grados, podían transmitir á sus hijos primogénitos, un título que sería el de duque, conde ó baron, según la dignidad del padre, con condicion de que habían de probar cierta renta, de la que por lo menos la tercera parte debía quedar afecta al título conferido á la descendencia. Estos mismos personajes tenían también el derecho de constituir para sus hijos segundos, títulos inferiores á los que se hubieron concedido á los primogénitos, y siempre con la condicion de reservar una parte de sus bienes para aquel título hereditario. Tal fué el origen de los mayorazgos. Los grandes dignatarios como el gran elector, el condestable, el archicanciller y el architeesorero, tenían el tratamiento de *alteza*, y sus hijos primogénitos debían llevar el título de *duques* si su padre había fundado en su favor un mayorazgo de 200,000 libras de renta. Los ministros, los senadores, los consejeros de estado, los presidentes del Cuerpo legislativo, y los arzobispos, quedaron autorizados para titularse *condes*, y para transmitir aquel título á sus hijos ó sobrinos, con la condicion de establecer un mayorazgo de 30,000 libras de renta. Por último, los presidentes vitalicios de los colegio electorales, los primeros presidentes, los fiscales, los obispos y los mares de las treinta y siete ciudades del imperio, podían llevar el título de *barones* y transmitirle á sus hijos primogénitos, con la obligacion de un mayorazgo de 15,000 libras de renta. Los individuos de la Legion de Honor, pudieron llamarse *caballeros*, y transmitir aquel título mediante un mayorazgo de 3,000 libras de renta. Otro estatuto

debía determinar las condiciones á que quedaba sujeta aquella parte de bienes de las familias, que de este modo eran colocadas bajo un régimen escepcional.

El Senado fué el encargado de imprimir un carácter legal á esta nueva creacion imperial, por medio de un senado-consulta, que establecía de un modo bien terminante, que aquellos títulos no conferían ningun derecho particular, ninguna escepcion de la ley comun, ni exencion alguna de las cargas ó deberes impuestos á los demas ciudadanos. No había de escepcional mas que el régimen de las sustituciones impuesto á las familias ennoblecidas, las cuales adquirían su nueva grandeza sacrificando la igualdad de las particiones de sus bienes.

Acordadas estas disposiciones, Napoleon distribuyó entre sus compañeros de armas, una parte de los tesoros que había acumulado. Antes de expedir el decreto en que se concediesen á Lannes, Massena, Davout, Berthier, Ney y algunos otros, títulos que se proponía tomar de los grandes acontecimientos de su reinado, quiso asegurar inmediatamente su opulencia. Les dió tierras situadas en Polonia, en Alemania y en Italia, con facultad de enagenarlas para emplear su valor en Francia, y además sumas de dinero contante para que pudiesen comprar palacios y amueblarlos. Esto no era mas que el primer don, porque aquellas dotaciones se duplicaron y triplicaron luego, y aun se cuadruplicaron para algunos. El mariscal Lannes recibió 328,000 francos de renta, y 4,000,000 en dinero; el mariscal Davout, 410,000 francos de renta, y 300,000 en dinero; el maris-

cal Massena, 183,000 francos de renta, y 200,000 en dinero (mas tarde fué uno de los mejor dotados); el mayor general Berthier, 405,000 francos de renta, y 500,000 en dinero; el mariscal Ney, 229,000 francos de renta, y 300,000 en dinero; el mariscal Mortier, 198,000 francos de renta, y 200,000 en dinero; el mariscal Augereau, 172,000 francos de renta, y 200,000 en dinero; el mariscal Soult, 305,000 francos de renta, y 300,000 en dinero; y el mariscal Bernadotte, 291,000 francos de renta, y 200,000 en dinero. Los generales Sebastiani, Victor, Rapp, Junot, Bertrand, Lemarrois, Caulaincourt, Savary, Mouton, Moncey, Friand, Saint-Hilaire, Oudinot, Lauriston, Gudin, Marchand, Marmont, Dupont, Legrand, Suchet, Lariboissiere, Loison, Reille, Nansouty, Songis, Chasseloup, y otros, recibieron 150,000 francos de renta los unos, 100, 80 y 50,000 los otros, y casi todos 100,000 francos en dinero. Los empleados civiles tuvieron tambien su parte en aquellas liberalidades. El archicanciller Cambaceres y el architesorero Lebrun, obtuvieron cada uno 200,000 francos de renta. Mrs. Mollien, Fouché, Decrés, Gaudin, y Darú obtuvieron cada uno 40 ó 50,000. Todos, tanto civiles como militares, no estaban dotados aun mas que provisionalmente con aquellos magnificos dones, y lo estaban en Polonia, Westfalia y Hanover, lo cual debia hacer que se interesasen en conservar la grandeza del imperio. Napoleon se habia reservado en Polonia 20.000,000 en posesiones, en Hanover 30, y en Westfalia un capital representado por 5 á 6.000,000 de renta, sin contar 30.000,000 de capital y 4,250,000 francos de renta en Italia, que

se habia reservado ya el año de 1805. Tenia, pues, con que enriquecer á los valientes que le servian, y con que realizar las hermosas palabras que dirigió á algunos de ellos: «No robeis; yo os daré mas que cuanto podriais tomar; y lo que yo os diere, reunido por mi prevision, no costará nada ni á vuestro honor ni á los pueblos que hemos vencido.» Y tenia razon; porque las fincas que distribuia eran de los dominios imperiales en Italia, de los reales ó grandes ducados en Prusia, en Hanover y en Westfalia. Pero aquellas posesiones adquiridas por la victoria podian perderse por la derrota, y felizmente para ellos, los que dotaba tan magnificamente, debian recibir en su mayor parte en Francia, en rentas ó sobre canales, otras dotaciones menos espuestas á contingencias que las tierras situadas en el extranjero.

Los generales franceses no fueron los únicos que participaron de aquella prodigalidad, porque los generales polacos Zayonscheck y Dombrowski, antiguos servidores de la Francia, recibieron cada uno 1.000,000.

Despues de los generales, los oficiales y los soldados, recibieron tambien muestras inequivocas de su liberalidad, pues Napoleon hizo que se pagase á todos, ademas del sueldo atrasado, gratificaciones considerables para proporcionarles desde luego placeres que tenian muy bien merecidos. Distribuyéronse 18.000,000, 6 para los oficiales, y 12 para los soldados: los heridos tenian una parte triple. Los que habian sido demasiado felices para asistir á las cuatro grandes batallas de la última guerra, Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, obtuvieron doble que los restantes. A estas